

Confía en la voz interior

¿Verdaderamente quieres convertirte?
¿Estás dispuesto a transformarte? ¿O
quieres seguir agarrándote de tus viejos
estilos de vida con una mano mientras,
con la otra, le pides a la gente que te
ayude a cambiar?

La conversión no es, con seguridad, algo
que puedas causarte a ti mismo.

No es una cuestión de fuerza de
voluntad.

Debes confiar en la voz interior que
indica el camino.

Conoces esa voz interior.

A menudo te vuelves hacia ella.

Pero, después de haber escuchado con
claridad lo que se te pide que hagas,
comienzas a formular preguntas, a
fabricar objeciones y a buscar la opinión

de todos los demás.

Así es que te embrollas en incontables pensamientos, sentimientos, e ideas a menudo contradictorios, y pierdes contacto con el Dios que hay en ti.

Y terminas dependiendo de todas las personas que has reunido a tu alrededor.

Solo atendiendo constantemente a la voz interior, puedes convertirte a una nueva vida de libertad y dicha.

Grita hacia adentro

En tu interior se ha producido una división entre la divinidad y la humanidad.

Con tu centro dotado divinamente, conoces la voluntad de Dios, el camino

de Dios, el amor de Dios.

Pero tu humanidad está separada de esto.

Tus numerosas necesidades humanas de afecto, atención y consuelo se conservan separadas de tu espacio sagrado y divino.

Tu vocación es dejar que estas dos partes de ti mismo se vuelvan a unir.

Debes pasar gradualmente de gritar hacia afuera (convocando a las personas que crees que pueden satisfacer tus necesidades) a gritar hacia adentro, hacia el sitio en que puedes dejarte sostener y guiar por Dios, que se ha encarnado en la humanidad de aquellos que te aman en comunidad.

Ninguna persona puede satisfacer todas tus necesidades.

Pero la comunidad puede verdaderamente sostenerte.

La comunidad puede dejarte experimentar el hecho de que, mas allá de tu angustia, hay manos humanas que te sostienen y te muestran el amor leal de Dios.

Regresa siempre al lugar firme

Debes creer en el sí que te devuelven cuando preguntas: “¿Me amas?” Debes elegir este sí, aun cuando no lo sientas.

Te sientes abrumado por distracciones, fantasías, el perturbador deseo de lanzarte al mundo del placer.

Pero ya sabes que no encontraras allí una respuesta a tu pregunta más profunda.

La respuesta no pasa por repetir viejos eventos ni por la culpa ni la vergüenza. Todo eso te hace disiparte y abandonar la roca sobre la cual esta edificada tu casa.

Debes confiar en el lugar que es firme, el sitio en que puedes decir si al amor de Dios, aun cuando no lo sientas. Justamente ahora, no sientes nada más que el vacío y la falta de fuerza para elegir.

Pero sigue diciendo: “Dios me ama, y el amor de Dios es suficiente.”

Tienes que elegir el lugar firme una y otra vez, y volver a él después de cada fracaso.